

trópico que enerva, cuanto del polo que congela. Acogió todo lo razonablemente aventurado, toda fogosa quimera susceptible de ser realizada en humanos moldes.

No varió en sus objetivos ni en sus fines, sino en los métodos, formas y procedimientos. Otro hubiera abandonado aquella costosa y larga guerra de Granada, pero él prometió comerse sus granos uno a uno y lo cumplió, unas veces con las bocas de sus cañones y otras con la de la diplomacia. Y todo esto sin que aceptemos la afirmación de que el maquiavelismo es creación fernandina. Lo que les ha molestado a nuestros proverbiales enemigos ha sido el que su maquiavelismo de siempre no tuvo éxito con el rey Fernando. El gran empeño que algunas naciones han tenido en cargar de tintas negras la persona de Fernando, es para nosotros la mayor y mejor prueba de su valía.

Le acusan también de que era muy avaro. Con motivo de su muerte Pedro Mártir de Anglería, sin ninguna intención ni conveniencia personal dijo: «El Señor de tantos reinos, el adornado de tantas palmas, el propagador de la religión católica, y el vencedor de tantos enemigos, murió en una miserable casa rústica y contra la opinión de las gentes, pobre. Apenas encontró dinero, ni en su comitiva ni en parte alguna para el funeral». Y precisa Hernando del Pulgar: «porque todas sus rentas gastaba en cosas de la guerra y estaba en continuas necesidades».

Todo lo dicho nos lleva a la convicción de que efectivamente hay en la historia española hombres modelos, prototipos dignos de imitar y propagar y la obligación de hacer saber al mundo que lo son mucho más que los que ellos han tenido tanto interés en fijar. Y que no son exclusivamente el iluso don Quijote, ni el zafio Sancho, ni el disipado don Juan, sino que también lo es el de Don Fernando el Católico.

También hay que incrustar en lo más íntimo de las juventudes españolas el orgullo de haber tenido en España hombres como Don Fernando el Católico y hacerles sentir la obligación de imitarle siendo tan sólidos en la fe interior cuanto fluidos y realistas en el quehacer exterior.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA



JOYAS DE GUADALUPE

Tres Cuadros de ZURBARAN

A D. Pedro Romero Mendoza, cordialmente

I

La Penitencia del P. Salmerón

El pie se posa ingrave sobre el transido suelo,
luz dorada la estancia del pobre fraile inunda
Jesús llega a enjugar del padre Andrés el duelo
y con aguas muy puras sus rigores fecunda.

La mano poderosa mitiga el desconsuelo,
que el áspero Cenobio sobre cilicios, funda
y, en la frente del monje ha abafido su vuelo,
cual paloma que vela su mística coyundá...

La túnica de Cristo tan nitida de albores
prende al manto arreboles de Célicos fulgores,
que trascienden fluidos de la carne divina...

El hombre torturado por mil maceraciones,
con los oídos del alma sólo escucha canciones,
cosas que da a su gozo, la cítara angelina...

II

Fray Gonzalo de Illescas

Sobre un fondo de grises pórticos palatinos
el recio Padre Illescas, que Zurbarán creara
su dignidad nos muestra, en quilates tan finos,
que de la Sacristía es la joya más cara.

Sagaz, desde su altura escruta los caminos
tortuosos y dolientes donde el mundo se azara,
y, porque está de vuelta de cilicios y espinos
consuela las flaquezas que el dolor le depara...

Aunque brocados cubren la mesa ennoblecida
donde infolios condensa la Ciencia poderosa
tras la que el hombre corre perdido por la sombra.

La horrible calavera a meditar convida,
en la fugaz ceniza que encierra toda cosa;
e interroga al misterio el gozque de la alfombra.

III

La Misa del P. Cabañuelas

Revestido de encajes y brocados de oro,
que extremeño pincel labrara a maravilla
del Alba nacarina al silencio sonoro
el Padre Cabañuelas, ante el altar se humilla.

El vino, rubí puro, del Cordero tesoro
en el fondo del Cáliz estremecido brilla...

En la frente del fraile rápido meteoro,
el Augusto Misterio con la duda mancilla...

Tiembla, vacila, gime. Una nube ha ocultado
de su vista la Hostia, que asciende en el espacio
empapando de sangre los corporales linos...

El acólito ajeno permanece embobado,
mientras el venerable palidece despacio
temeroso a perder del Señor los caminos.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ